

Dios me llama

Dieu m'appelle

L'Anneau d'Or, n.º 75-76, mayo-agosto de 1957, pp. 217-218.

Número especial: *Señor, enséñanos a orar*.

Examine sus disposiciones cuando se dispone a hacer oración. El deseo de fervor o de pensamientos elevados, la necesidad de evadirse de las tareas cotidianas, el cumplimiento resignado de una obligación: todas son disposiciones impuras. No menos impuro es ese sentimiento de haber tenido una feliz iniciativa y la satisfacción que lo acompaña. La única actitud religiosa auténtica, y por tanto la única que puede disponernos adecuadamente para recibir las gracias del Señor, consiste en acudir a la oración porque Dios nos llama a ella. Pero, me dirá usted, estoy muy lejos de experimentar, cada vez que voy a la oración, el sentimiento de ser llamado por Dios. Ahora bien, lo que importa no es tener ese sentimiento, sino la convicción de cumplir la voluntad del Señor.

Quizá piense que paso de una idea a otra, de la idea del llamado de Dios a la idea de la voluntad de Dios. A decir verdad, ambas son una sola cosa: la voluntad de Dios es llamado. Prefiero, sin embargo, la idea de llamado, porque la voluntad de Dios, para quien no la comprende bien, puede parecer una abstracción; mientras que decirse «Dios me llama» conduce irresistiblemente a pensar que Él está allí, que espera a su hijo y que ciertamente tiene algo importante que decirle y darle.

Ya lo verá: este pensamiento de estar en oración porque Dios lo llama, y como respuesta a ese llamado, eliminará la tensión, la inquietud, la presunción y la satisfacción de sí mismo, y lo establecerá en una humildad, una seguridad y una confianza muy serenas.

Henri Caffarel